ESCUELA DE EDUCACION GENERAL BASICA

"MANUELITA SAENZ"

SEXTO AÑO E.G.B QUITO - ECUADOR

LITERATURA ECUATORIANA

La caracola

José de la Cuadra
(Adaptación)

Describiré a la muchacha que se llamaba Perpetua o algo por el estilo. Para mis paisanos, con decir que era guayaquileña ya la he descrito brillantemente; pero como quiero creer que me leerán incluso extranjeros, debo añadir que además era morena.

Con esto sí me parece que es bastante. Samuel Morales era dueño de una canoa vivandera, en la cual navegaba, en plan de comercio, por los ríos montubios. Se le conocía venir desde lejos, por el prolongado grito de su caracola que sonaba como cuerno de caza.

Jamás Samuel Morales dejaba siquiera de acercarse a alguna casa, por humilde que fuese.

Allí decía: –¿No se le ofrece nada?

–Nada mismo.

El vendedor ambulante recitaba de corrido la retahíla de sus artículos.

–Nada, don Morales; no queremos nada.

Samuel Morales meditaba un momento.

Luego decía a la compradora remolona:

–Si necesita lleve no más lo que sea, patrona. No importa que no tenga platita. Me pagará otra vez cuando mismo pueda...

Le compraban. Él conocía a su gente miserable, a su gente "que no tenía platita".

Por supuesto que cobrada después, casi siempre. No sabía leer. Contaba apenas. Pero tenía una memoria maravillosa: –¿Se acuerda doña Angelita? El día del aguacero grande del mes pasado, le dejé... –Y seguía una lista de menudencias, con precisión de centavos.

Mas, no exigía. Cuando advertía que era menester, daba más crédito todavía: –Lleve no más. Me pagará cuando venda el arroz. No se preocupe. Cierta vez, la viuda Morano, que le debía diez sucres, lo llamó:

–¿Podría dejarme, don Samuel, cuatro velitas?

–¿Y comida, no quiere comida?

–No, sólo velitas.

–¿Y para qué, ah? ¿Para qué?

LIVEWORKSHEETS

La viuda se echó a llorar. Morales subió a la casa. En media sala, en el piso de tablas estaba tendido un cadáver infantil.

La viuda explicaba absurdamente:

–Se me murió ¿sabe? ¡era mi hijo y se me murió! Y necesito cuatro velitas. ¡Le pagaré lo más breve!

Samuel Morales bajó hasta su canoa. Volvió luego con un paquete de cirios y unas varas de tela blanca.

–Aquí están las velas, señora. No le cuestan nada, mismo. y este ruán p' al ataucito, ¿sabe?

Así era Samuel Morales, comerciante montubio. Solo en las novelas el amor principia desde un límite fijo y determinado. En la vida real, la cuestión sucede de manera distinta.

Va naciendo sin saberse cómo. Nadie podría decir, ni siquiera las bravías comadres de la orilla, cómo se iniciaron los amores de Samuel Morales y la muchacha guayaquileña.

Ella pasaba las vacaciones en la hacienda de sus parientes, en las riberas del Vincens.

Él frecuentaba aquellas zonas con su canoa vivandera, anunciando su ambulante comercio con el canto de la caracola. Se detenía en el muelle de la hacienda y negociaba con sus gentes. Luego se alejaba a remo lento, hacia el norte y antes de perderse detrás de los árboles solemnes, sonaba otra vez la caracola.

Ella, asomada en la gran galería de la casa, lo miraba.

Volvía él luego por la noche, hacia el sur, para rehacer su camino en la mañana.

Cierta ocasión ella con sus diecisiete años alocados, sus trajes de organdí y su melena en alboroto, quiso comer caramelos de color y bajó hasta la rambla a comprarlos de la canoa vivandera. Samuel Morales sintió algo muy extraño en su cuerpo y en su espíritu, al contemplarla tan cerca de él. Habría querido no recibir la moneda que le extendía; pero no juzgó prudente hacerlo. Se desquitó entregándole más caramelos de la cuenta.

Luego de improvisto le inquirió:

–Usted, señorita, ¿sabe nadar?

Ella contestó que sí, que sí sabía nadar y agregó: –¿Por qué me lo pregunta?

El apenas supo responder: –Por nada, vea; por nada. Pero Samuel Morales mentía. Era que ahora sentía su corazón heroico, vibrante en un hazañoso impulso irrefrenable. Le hubiera gustado, por ejemplo, que ella no supiese nadar y resbalara al río... Él la habría salvado entre los brazos fornidos, oprimiéndola contra su ancho pecho de remero.

–Usted regresa de noche, señor, para volver de mañana, ¿no?

–Así es.

–¿Y por qué no suena la caracola?

Nada impidió que él le dijera entonces:

–La sonaré...despacito... para que usted me oiga, no más. Ella sonrió levemente.

Desde aquella ocasión, cada noche sonaba su caracola en la vuelta de los Tamarindos y luego al rehacer su camino. Ella, desde su cama, bajo el toldo que la defendía de los mosquitos lo escuchaba y medio dormida, sonreía.

Así transcurrieron los meses hasta que la muchacha porteña que se llamaba Perpetua o algo por el estilo, dejó la hacienda para reintegrarse a su colegio de Guayaquil.

Por supuesto, en el río Vinces ha seguido sonando la caracola de Samuel Morales.

Pero ahora su canto es triste, como el de las valdivias que anuncian la muerte bajo la noche medrosa. La muchacha no volvió jamás a la hacienda.

Seguramente se habrá casado y tendrá un rondador de chiquitines. Pero hasta mucho después de su estada en la hacienda, hasta cinco años después, para ser preciso, cada vez que se sentía tomada de melancolía, imitaba con su voz virginal, el canto de la caracola navegante.

Era curioso constatar que ello le traía una plácida consolación.

LIVEWORKSHEETS

CUESTIONARIO

1.- ¿Cuál es el título de la obra?

- Cumandá
- Éxodo de Yangana
- La carola

2.- ¿Cuál es el autor de esta obra?

- Cesar Andrade Dávila
- José de la Cuadra
- Julio Cortázar

3.- ¿Quién era Samuel Morales?

- Comerciante Serrano
- Comerciante Montubio
- Comerciante amazónico

4.- ¿Por qué don Samuel Morales le dio cuatro cirios a la viuda Morano?

- Para una fiesta
- Para iluminar en la noche
- Para velar a su hijo fallecido

5.- ¿Qué era la carola?

- Un pito
- Un silbido
- Canto de un ave

6.- ¿De qué lugar provenía Perpetua?

- Quito
- Riobamba
- Guayaquil

LIC: FRANCISCO LEON

LIVEWORKSHEETS